

hacia el Catolicismo, única doctrina en que el ánimo de purificarse, que la inspiraban sus virtudes, encontraba su asiento y su satisfacción.

Por fin, el día 12 de Octubre último, día de Nuestra Santísima Virgen del Pilar, se verificó la tierna ceremonia, por la que esta augusta princesa ha abrazado la Religión verdadera. Verificóse esta ceremonia en la parroquia Waltenhofen, á que pertenece el sitio real de Hohenschwangau, con el mayor recogimiento y la asistencia de muy pocas personas, entre ellas, el príncipe Oton de Baviera. El obispo de Spira tuvo la dicha de recitar la abjuración de la reina.

Ahora bien; decimos de nuevo, volviendo á nuestras primeras reflexiones: esta conversión, unida á otras, que se anuncian en Alemania, algunas, tan significativas como la de la hija única del príncipe de Bismark, suceso, que si se verifica, ha de tener inmenso eco en la cristiandad, y un grande torcedor para el corazón del canceller alemán, y para los infinitos determinismos, que, en confuso tropel, se agitan detrás, y todo lo esperan de la omnipotencia prusiana, representada por su absorvente primer ministro; si se confirma, asimismo, la de otro célebre escritor protestante, unida á la del Jefe de la Iglesia luterana en Baviera, M. Haasees; á la del distinguido historiador Onno Kloop, hace poco realizada; y á las no menos significativas de lord Bute, del marqués Ripon, de lady Victoria Kirwan, de lady William Russell, y muchos otros en la Gran Bretaña, ¿no son tan venturosos y repetidos sucesos, fundamento sobrado, para que nuestro corazón se ensanche y entonemos agradecidos al Todopoderoso, un alegre *Hosanna!*

¡Ah! sí; la Iglesia está pasando por un tristísimo periodo, y todos los días derrama abundantes lágrimas, arrancadas por la multitud de sus hijos predilectos. ¡Inchreible parece! Sin embargo, nada es más cierto, que lo que nos decía un racionalista escandinavo, á quien, hace pocos años, conocimos en París. Es original lo que pasa en la raza latina, exclamaba; distínguese, á pesar de su viveza y perspicacia intelectual, por ser la más ingrata de todas las nacionalidades del género humano. á la par, que más se

caracteriza por lo mal que conoce sus intereses. Nadie da tantos disgustos al Papa como Italia, y todo se lo debe; todo, incluso el sentimiento de nacionalidad, que hubiera perdido, si los Papas no hubieran salido de Avignon; hoy mismo, el mayor peligro para aquella península, sería que Pio IX la abandonase, y hacen cuanto pueden para conseguirlo. España, cuya historia, y cuya vida es el Catolicismo, sin el cual sería todavía una dependencia del Gran-Turco, lanza todos los días al gran mundo, desde lo alto de un Parlamento, heregias y enormidades de tal índole, que nos escandalizan á nosotros los racionalistas (esta conversacion pasaba á fines de 1869), y en su país de usted, acabarán por trastornarlo todo. Los esclavos no somos tan insensatos; contemple usted la fidelidad de los polacos á su religion, y compare usted, no obstante, lo que deben al Pontificado, comparados con los italianos y españoles. Así hablaba este extranjero; y lo peor es, que tenía razon. Sucederá, asimismo, lo que despues añadía, diciendo, que así como el Catolicismo se reconcentró en el Mediodía el siglo XVI, subirá ahora al Norte, y que Inglaterra, los Estados-Unidos y la Alemania misma, serán los Estados católicos del porvenir. No es un desatino conjeturarse así, de lo que en ellos viene observándose, desde hace algun tiempo, y de que no son el menor testimonio las conversiones que hemos citado; mas no es preciso deducir, por eso, que en los pueblos latinos, la verdad se oscurece; todo al contrario; á pesar de la osadía del error, y de su fuerza en el Gobierno de las naciones de nuestra raza, el Catolicismo adquiere tambien en ellos nueva vida y vigor, y no está lejano el día, en que su renacimiento y progreso sean tan evidentes, que tengan los mismos racionalistas que confesar, que por todas partes, en el Norte, como en el Mediodía, en la raza alemana, como en la latina, se levanta poderoso é incontrastable el vivificante sol de la verdad religiosa, que no puede ser otra, según los mismos racionalistas, sino la verdad católica.

(España Católica, 26 de Octubre 1874.)

LA MASONERÍA.

Á LA CIVILTÁ CATTOLICA.

Ilustres Maestros y amigos míos:

Os habeis dignado concederme la autorización mas amplia, para empeñar una polémica con vosotros, acerca de la cuestion de la Masoneria: aun más; me habeis dicho, que nunca jamás será suficientemente dilucidada esta cuestion, y que es de desear que todo el mundo se ocupe de ella.

Reverendos padres míos; me apresuro á anunciaros, que yo no acepto la primera parte de vuestra benevola proposicion. Repetidas veces he dicho, el *Journal de Florence* no se ha fundado para luchar con sus hermanos de armas; por consiguiente, mucho menos pudiera yo empeñarme, hoy, en una lucha contra mis maestros en Israel.

La *Civiltá Cattolica* ha sido uno de los mas poderosos instrumentos de la Providencia para conservar la fe en Italia. De perfecio acuerdo en orden á las ideas con la Santa Sede, al mismo tiempo que penetraba en la casa parroquial de la aldea, y en el salon de la ciudad, difundía las enseñanzas de la Iglesia, aplicándolas á las necesidades de la actualidad. Si algo queda en pie todavía en nuestro país, del edificio social cristiano, tan devastado por la revolucion, lo debemos á vuestro valor, á vuestra caridad, al inmenso talento que habeis empleado en el servicio de la causa de la Verdad. Un católico no cruza el hierro con vosotros, mis venerados Padres; por el contrario, debe considerarse por muy dichoso, de que le sea permitido deponer un beso respetuoso en la mano que lo esgrime.

Empero, acepto con gusto la segunda parte: nada omitire para que participéis de las convicciones profundas que me he formado con laboriosos y dificultosos estudios, no solo acerca del origen y del objeto final de la secta, si que tambien acerca de los medios de accion, que emplea en nuestros días para conseguir, que cooperen á sus designios multitud de alucinados.

En realidad, disientos profundamente acerca de los puntos citados; y vuestras disensiones cuentan con larga fecha, supuesto que ya en 1872, cuando dedicasteis un extenso artículo á mi *Storia della setta anticristiana*, el redactor encargado de este trabajo, lo aprovechó para hacer la apología del *Ensayo crítico sobre la Masoneria*, publicado por vosotros mismos; y se esforzó, entónces, en demostrar, que todo cuanto no cuadraba con ese *Ensayo crítico*, debía ser desechado. De las pruebas y argumentos que yo habia producido en apoyo de mi tesis, vuestro colaborador no tuvo á bien ocuparse, ni de las unas, ni de los otros.

Por consiguiente, yo debí, naturalmente, continuar abrigando la conviccion, de que yo estaba en la verdad, y que vosotros estabais en el error, sobre este punto especial de la Masoneria. Además, para declararos con ingenuidad todo mi pensamiento, este dissentimiento no me ha sorprendido, porqué recuerdo la advertencia de Brognoli, cuando dice: que el gran enemigo del género humano, trata siempre de introducir la discordia en el campo del Señor. (*Manuale Exorcistarum.*)

Ya sabía yo, que estabais en vuestro pleno derecho de mostraros admirados, al verme, á mi, en posesión de la verdad, sobre la secta, puesto que mi admiración es muy superior á la vuestra. Pero la Providencia gobierna todas las cosas por leyes inexcrutables, y de las cuales nosotros no conoceremos la suprema razón, sino cuando seremos admitidos, como lo esperamos, á la visión beatífica de Dios. Tan solo me permitiré recordar aquí, que, como dice San Pablo, Dios escoge los instrumentos más débiles y los más menospreciables para que brille su poder. En efecto, se vé con harta frecuencia, que Dios confia ciertas verdades á personas las menos autorizadas, las más inculpas, y que, al parecer, son las menos dignas. Y bajo este respeto especial, vosotros, mis Reverendos Padres, no negareis, sin duda, que tuviera yo algún título á la preferencia.

Sea de esto, empero, lo que fuere, en la cuestión de la Masonería se observa un fenómeno, que tal vez se ha escapado á vuestra atención, ilustres maestros míos. Vuestra revista está en posesión de una autoridad incontestable, y forma ley en muchísimas cuestiones. Pues bien! sobre esta cuestión de la Masonería, no habeis conseguido formar escuela. El *Ensayo crítico* apareció en 1867, y, desde entónces, se han publicado una infinidad de obras, sobre el mismo asunto; mas, si exceptuamos á los copistas y á los plagiarios, que no fatigan su entendimiento en discurrir, vemos, que la mayoría de los escritores no convienen con vosotros, en que la secta solo data del 1720.

Y esto es una dicha para mí, porque veo en vuestra última entrega (21 de Noviembre), que, despues de sostener la inmutabilidad de esta fecha, por espacio de tantos años, súbitamente os aproximais á mi opinión, sobre el particular, confesando, que la «Masonería honrada en Inglaterra, cambio de carácter y de sustancia, para transformarse en lo que es ahora, en 1607.» A este primer chasco, que pone un siglo atras el fundamento de todo el edificio construído por el sabio autor del *Ensayo crítico*, hay que añadir otro chasco, no menos grave: el que resulta del siguiente suceso extraño, á saber: que la *Civiltà Cattolica* del 7 de Noviembre haya podido escribir un artículo, con el título: *Destonada del núcleo masonico italiano* (*Sfasciamento del fasio*

masonico italiano), y al siguiente día, 8 del mismo mes, se haya visto en Roma mismo, donde se ha escrito el artículo, salir de la urna, en los colegios, la figura siniestra del Gran Oriente de esa misma masonería, el venerable Garibaldi.

Esé mismo escrupuloso corresponsal de Roma, me acusa, en el mismo citado artículo, de «exagerar mis ideas, hasta un punto tal, que pasa mas allá de lo lícito; esto es: «de confundir la secta masonica con el pecado original;» y, en fin, de falsificar la historia, atribuyendo á la Masonería una importancia que no tiene, y que desearia tener, y que procura arrogarse; pero que un número importante de masones han concluído por negársela ellos mismos, y ningún escritor, que no quiera pasar por ignorante de la historia (*inveridico*), ó en realidad lo sea, puede atribuirlela.

No consigno mas que por la forma este otro agravio: «Desde que uno se deja persuadir, de que la secta masonica nació con Lucifer, que en la actualidad está apoderada del mundo, y morirá despues del Anticristo; que este tal, sea malo y mason, ó bueno y católico, siempre llegará á esta conclusión: que la Masonería es invencible, y es tiempo perdido el que se emplea en combatirla, ó esperar el fin de ella.» El respetable escritor ¡ha reflexionado, que esta acusación se dirige mas bien al Espíritu Santo, que á mi pobre persona? De los libros inspirados, en efecto, es de donde he sacado yo todo cuanto atañe al Anticristo, y al estado deplorable de la sociedad, á la aproximación del fin del mundo. Por mi parte, tanto en mi nombre, como en el de los numerosos lectores de mis obras, que me han manifestado su modo de pensar, puedo afirmar, que esas revelaciones nos han inspirado la firme resolución de mantenernos separados de la secta, y la convicción profunda, de que si el mundo cristiano optara, como en los tiempos pasados, la barrera de una fe inquebrantable á sus invasiones, la Masonería se veria obligada á refugiarse otra vez en sus cavernas, y, muy en breve, nos véiamos libres de su yugo.

Nada mas tengo que contestar á esas frases, que he espigado en las tres grandes páginas, que el brillante escritor me ha dedicado; si no que yo sospecho, que me ha criticado mis escritos sin haberlos leído; evidentemente no tiene de ellos otra idea,

que la que le ha sugerido el eminente autor del *Ensayo crítico*: el cual no es otro, que el redactor de la Revista bibliográfica, que vosotros, reverendos Padres, habeis insertado en vuestra erudita coleccion, sobre mi *Storia della setta anticristiana*; de manera, que yo me hallo siempre en frente del abogado de la parte adversa, y nunca tengo el consuelo de ver salir en la *Civiltà Cattolica* un juez, que decida en la controversia.

Me parece adivinar, al través de esas frases, cual es la generosa preocupación que os ciega en este punto. En vuestra tierra y santa solicitud por la causa de la Iglesia, habeis creído útil y ménos alarmante para los fieles, el pintar la Masonería bajo el aspecto de una secta parecida á muchas otras, que aparecen, vomitando fuego y llamas, pero que desaparecen muy en breve, aplastadas y pulverizadas por los anatemas de la Iglesia.

Un sentimiento tan generoso, puesto que os ha sido inspirado por el amor á la divina Esposa de Jesucristo y la salvación de los fieles, os predispone á buscar la verdad en un campo designado de antemano; á creer, con mucha facilidad, que vosotros la habeis encontrado, y á no ver con buenos ojos cuanto se opone á una convicción, que os place. Solo así se explica, que el ilustre autor del *Ensayo crítico*, á quien reitero con todo el corazón los homenajes que merece, y que yo le he tributado en mi *Storia della setta anticristiana*, despues de haber demostrado, hasta la última evidencia, que las pruebas suministradas por los Francmasones, sobre su antiguo origen, eran hipócritas, inventadas, hipótelicas, ó absolutamente desituidas de fundamento, no sin una especie de violencia se decide á admitir, que él en gran proceso de lesa-sociedad, y de lesa-religion, que todos proseguimos, vosotros, reverendos Padres, y yo, con idéntico ardor, puedan producirse nuevos documentos, fruto de nuevas investigaciones.

Me he convencido de esa tendencia—tan natural, y, que, además, tan fácilmente se explica,—en una conversacion que tuve con el mismo autor del *Ensayo crítico*, algunos dias antes de ponerse en venta mi obra.

—Habeis leído á Mogas? le pregunté yo.
—No.—¿Habeis leído á Beghellini?—No.—¿Conocéis la Leyenda de Adonhiram?—No.—Pues, entónces, exclamé yo, mi libro tiene alguna probabilidad de agradaros, aun

cuando no esté del todo conforme con vuestras ideas, supuesto que he sacado muchas pruebas de fuentes que os eran desconocidas.» Por el sonris del excelente Padre, comprendí, que se necesitaba algo más que mi pobre autoridad, para decirle á emprender nuevos estudios, que, en verdad, representan un verdadero trabajo de Hércules.

¿Que debía yo hacer en tan dolorosa circunstancia? Me limité á rogar á Dios que le iluminase, y es probable, que el excelente Padre hizo otro tanto, por su parte. No insistí mas. Di á mi obra toda la publicidad que estubo en mis alcances, y me apresuré á volver á mi querida oscuridad. Me alucinaba, de que habia ya llenado yo cumplidamente mis deberes para con Dios y para con mis hermandos. Yo me decia: «he manifestado la verdad al público; ahora, interés suyo es el adoptarla; y á Dios mismo es á quien corresponde hacerla penetrar en las almas, que tienen necesidad de conocerla: mi obra, como instrumento, ha terminado con suma satisfaccion mía.»

Esé racionio falaz, no era, en realidad, mas que una excusa de mi cobardía: ¡harlo lo reconozco ahora! Dios no quiere que se deserte de la causa de la verdad, bajo ningún pretexto. El hombre, á quien él concede la gracia especial, de que posea alguna verdad, debe someterse al deber, por pensoso que sea á nuestra naturaleza enferma, de proclamarla sin tregua, de defenderla sin descanso, y de dedicar toda su vida al triunfo de ella. Debe siempre recordar esta máxima de Santa Teresa; que la victoria es el premio de la paciencia. Faltar á ese deber, es exponerse á justas represalias de lo Alto.

Dios acaba de recordármelo, y ha escogido la cruz mas pesada con que podia castigarle, la cruz tan abrumadora á mi corazón, de tener que defenderme—no contra los sectarios, cuyos ataques ya esperaba yo—sino contra mis maestros los mas venerados, mis amigos los mas íntimos; contra los defensores mas intrépidos de esta misma causa de la Iglesia, que yo defendiendo, por mi parte, tan débilmente. Mientras tanto, que yo dormía, con una confianza infundada, la *Civiltà Cattolica*, rara vez dejaba pasar la ocasión de dispararme una flecha; flecha, no de Parto, pues el Parto la disparaba huyendo. Solo, por el contrario, disparada, para volver á la carga en el número siguiente.

Preciso es, por lo tanto, que yo reiteré

aquí, por amor á la verdad, las afirmaciones que he hecho ya.

Afirmo, pues:

Que existe en el seno del gran pueblo de los hombres malos, una sinagoga de Satanás, modelada, en lo posible, sobre la verdadera Iglesia, que Dios ha establecido en el seno del pueblo bueno. Del mismo modo, que la Iglesia ha sido representada en la cuna del linaje humano por Abel, la sinagoga del *men perpetuo de Dios* estuvo figurada en Cain.

Cuando nuestro divino Redentor apareció en el mundo, encontró, en su camino, á esta sinagoga de Satanás, representada por los fariseos; y al lanzar contra ellos las terribles maldiciones que pueden leerse en el capítulo XXIII de San Mateo, entendió maldice la secta anticristiana, desde su origen, hasta el fin del mundo.

Esta sinagoga de Satanás, ó secta anticristiana, ha conservado las tradiciones que su maestro le transmitió por vías sobrenaturales, y ha conservado con sumo cuidado la creencia, de que debe aparecer un Redentor, para libertar el género humano del yugo de Dios, de la Iglesia, y de todo cuanto llama ella *supersticiones*, y destruir todo vestigio de orden cristiano, cualquiera que sea, para dejar á las pasiones del hombre la mas amplia facultad de holgarse.

Esas tradiciones y ese fin forman, hoy dia, el programa de la Masonería, ó sea, de la misma sinagoga de Satanás, que es fácil reconocer á través de los siglos de la historia.

Afirmo tambien, que la inmensa mayoría de los francmasones, ignora todo esto, y que contribuyan al cumplimiento de este misterio de iniquidad, sin ni siquiera reflexionar en lo que hacen; y persuadidos de que no existen, ni Dios, ni Satanás.

Afirmo igualmente, que esta sinagoga de Satanás, llamada, hoy, Franc-Masonería, corrompiendo y desnaturalizando las tres palabras, que forman la base de todo el cristianismo: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*,

y dando á su programa antisocial el título de *Progreso*, ha conseguido seducir á gran parte del mundo cristiano, y á que coopere á su obra detestable de destruccion de toda autoridad religiosa y civil.

Afirmo, por último, que todo eso ha de atribuirse, no al pueblo de los malos, sino á una secta especial, que siempre ha existido en su seno, y constantemente ha procurado dirigir, contra Dios y contra la Iglesia, todas las fuerzas de ese pueblo inmenso.

Yo no establezco esas afirmaciones á la ventura, no: he publicado cuatro volúmenes en su apoyo. Pero, supuesto, que, ni á mis *Cartas de un Ermitaño*; ni á la *Historia de la secta anticristiana*, no les ha cabido la dicha, mis Reverendos Padres, de persuadirnos, repetí mis demostraciones—bajo otra forma—en una serie de artículos, que publiqué en el *Journal de Florence*, en cuanto me lo permitian las necesidades de la polémica cotidiana. Pero no me dirigí mas á vosotros, mis ilustres maestros: pues, por lo mismo, que tengo el honor insigne y envidiable de contaros en el número de mis lectores asiduos, cuanto diga al público, queda sometido á vuestro juicio. Debía dar una razon de entrar otra vez en campaña, para atacar á la secta anticristiana; he aquí, pues, el motivo de dirigiros esta carta.

Nada, absolutamente nada, contestaré á la *Civiltà Cattolica*; pero continuaré leyéndola con mucha atención, porque en esta revista es donde me he inspirado siempre que desfallece en mi rudo trabajo cotidiano; y á ella debo el valor que me sostiene cuando defendiendo la verdad. Mas yo no me ocuparé sino de nuevos hechos, si se presentan, pero no de las acusaciones; pues temo, que al placer de justificarme, no se asocie el peligro de desagradaros, ó amigos míos muy venerados, y por nada del mundo quiero exponerme á tal riesgo.

JUAN ESTEBAN CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 24 de Noviembre 1874.)

HISTORIA DE MIS IDEAS

ACERCA DE LA

SECTA ANTICRISTIANA.

I.

Esta sublime sentencia del Espíritu Santo: *qui se humiliaverit exaltabitur*, apenas tiene en mi aplicación; puesto que Dios, al darme el ser, no me dotó de prenda alguna, por la cual pueda yo ser ensalzado. Al humillarme, no hago sacrificio alguno; lo que en otros pudiera calificarse de acto de una sublime virtud, solo es en mí, un acto de justicia para conmigo mismo. Pero, no deja de preocuparme la segunda parte de esta sentencia: *qui se exaltaverit, humiliabitur*. Nada ambiciono, sino el triunfo de la verdad; lo demás, poco me importa: y por eso, lo confieso, vería con dolor, que se rechazara la verdad, que proclamo; por la sola razon de haberla yo proclamado; y que á ella, y á mí, se nos precipitara de lo alto de la roca Tarpeya, solo por haber aspirado á la gloria del Capitolio.

Desearia se supiese, que no ambiciono ningún triunfo personal, ni mi amor propio se interesa en sostener mis ideas; como tampoco pretendo llevar adelante la discusión: lo mismo se gana prolando, que la secta reconoce por su padre á Cain, que afirmando, que empezó en el año 1720: el único beneficio líquido de esas discusiones es, exponerse, á las venganzas secretas de la *Sainte Véhème*, perder todo derecho á la protección de todos los Gobiernos, puesto que á todos imponen su ley, y malquistarse con Satanás; enemigo formidable, para quien no esté bajo la protección de Dios.

Si se me ve en la brecha, es, porque creeria desmerecer la protección de Dios, que es todo mi bien, toda mi esperanza y toda mi gloria; si desertara de la bandera de la verdad. Mientras flote, y nadie quiera reemplazarme, el deber me obliga á permanecer firme en mi puesto, anhelando de todo corazón, que algun capitán mas valeroso se presente á ocuparlo; y solo entonces, podre retirarme al hospital de los invalidos, morada de la cual tengo ya necesidad.

Antes de dar una demostracion completa del origen y objeto de la secta anticristiana, que lleva, hoy dia, el nombre de Francmasoneria, así como de los medios que pone en juego, para seducir á la mayor parte del género humano, siento la necesidad ineludible, de que mi inútil persona, quede libre del gran debate é importantísima cuestion—cuestion de vida ó muerte para la sociedad cristiana.—Para conseguir ese objetivo, bastará, que exponga sencillamente la historia de mis ideas acerca de la secta, y ponga el lector á la altura de poder fácilmente distinguir los errores, que fueran personales, de las verdades que haya bebido en los Libros inspirados.

En 1834, vivía en Turin, gran centro revolucionario, en medio de los conservadores, y formando parte del numeroso ejército, que se llamaba entonces, de los *scien mil buenos*. No se crea que haya yo conocido, ni siquiera de vista, á todos esos cien mil buenos; solo conocí algunos cientos, que no me parecían del todo buenos. Nosotros era-